

Abriendo el tercer ojo.

Entre el simbolismo del mito y el simbolismo del cuerpo.

Ximena Ruiz Pérez.



Herramienta teórica

La pintura presenta mi encuentro con símbolos religiosos que me inspiraron para darle sentido y significado a una vivencia metafísica experimentada en una etapa temprana de mi vida. En un principio esta experiencia fue desconcertante pues no tenía herramientas teóricas para darle una explicación convincente.

Traté de buscar entre diferentes religiones símbolos que me orientaran, que significaran algo para mí y me ayudaran a expresar de forma coherente mis ideas sobre este tema.

Jung en su obra *Arquetipos e inconsciente colectivo*, nos dice que en la actualidad los arquetipos religiosos del cristianismo son obsoletos y están desgastados. Esto ha traído como consecuencia que se ponga en duda si alguna vez tuvieron significado. Y es que con el paso del tiempo las imágenes simbólicas se enriquecen y se transforman. Y entre más compleja es la imagen, más se aleja de la experiencia primaria que le dio origen. Este alejamiento y pérdida del sentido de los símbolos es la razón por la que Jung considera que los "tesoros orientales" se presentan llenos de misterio, complejidad y frescura para el hombre de occidente.

Por este motivo, me incliné por algo más primitivo y conocido para mí: el cuerpo humano. Me considero una persona sensorial y al experimentar la totalidad, mi cuerpo fue el medio.

A mí, en lo personal, las religiones no me hablan, me es difícil concebirlas e incorporarlas como algo más que adoctrinamiento y aunque reconozco que están llenas de conocimiento y saberes, al enfrentarme con la experiencia primordial, nunca encontré en sus imágenes y símbolos una herramienta para trascender el discurso de la fe. Por este motivo me incliné por atender a algo más elemental y conocido para mí: el cuerpo humano.

Por todo esto decidí partir de la idea de que mi cuerpo es el medio más confiable para expresar mi experiencia metafísica.

La pintura es muy abstracta, los colores pueden parecer que no coinciden, pero en realidad son opuestos que se complementan. Desde una perspectiva jungiana el lado derecho representa la sombra, y el lado izquierdo al consciente, o para Nietzsche el espíritu Apolíneo y el Dionisiaco. Ambos lados son representados con los mismos rasgos corporales, pues aún me es difícil concebirlas como femenino o masculino. En mi propia experiencia concluí que somos seres duales.

el lado consciente y el inconsciente persisten en el cuerpo, forman uno solo y aunque poseen autonomía, los dos se juntan y forman el todo. El ánima tal como la concibe Jung, es el punto central de la pintura, es la concepción del individuo (o en un contexto cristiano podría significar la Santa Trinidad, padre, hijo y Espíritu Santo). Esta ánima no es moralista ni se basa en la experiencia ni en los llamados complejos de carga afectiva. Es inconsciente consciente, todo lo que toca se vuelve "numinoso", es decir, incondicionado, peligroso, tabú, mágico. Me gusta citar a Jung para explicar el tema de mi pintura: "Si la discusión con la sombra es la prueba que consagra oficial al aprendiz, la discusión con el ánima es la prueba que consagra maestro al oficial. Porque la relación con el ánima es una prueba de coraje y una osadía que trastoca las fuerzas morales y espirituales del hombre". Es por esto por lo que puedo abordar esta teoría psicológica por medio de la experiencia propia, y es que el ánima representa "sabiduría oculta", se distingue de lo irracional sin volverse racional. Mi encuentro con el ánima fue protector, vislumbraba la sombra, que proyecté como un ser sin vida y putrefacto y mi consciente como yo misma en una faceta infantil. El ánima se elevaba, alejada de lo terrenal, llena de conocimiento absoluto y superior, que me soltó una gran verdad sobre la vida y es que por más que el consciente fuera incapaz de soportar la existencia de la sombra, esto no la eximía. El yo era esto y aquello, consciente e inconsciente, hombre y mujer, ying y yang y no existía sin alguna de las partes. El terror infundido por el cuerpo sin vida y putrefacto de la sombra, no desapareció, pero cobró vida. el ánima obligó que abriera el féretro dando pie a la resurrección. Identifico esta racionalización en Nietzsche, "Uno se convirtió en dos, y Zaratustra pasó a mi lado".

Otro punto por resaltar son los ojos. Santo Tomás afirmaba la vista como diametralmente opuestos al tacto, como la facultad sensorial más próxima a la materia. "El ojo y la mirada han gozado de una posición de privilegio en todas las teorizaciones, antiguas y modernas, acerca de la percepción sensorial, que siempre han reconocido su componente espiritual, su complejidad y sutileza de acción".

Esto me hizo pensar en la incorporación de elementos corporales en el mito y la leyenda. y es que es imposible ignorar un sentido tan destacable como lo es la vista, y aunque insisto en que para mí los ojos no miran hacia el exterior sino hacia el interior, busqué más bien enfatizar en el llamado tercer ojo. En el hinduismo es el ojo de la sabiduría, el ojo que todo lo ve. En este punto me fue posible integrar un tercer arquetipo de la teoría jungiana para ilustrar mi

experiencia. Me refiero al arquetipo de la sabiduría. Esta formulación me da pie para hablar sobre el centro de la pintura, en forma no muy distinguida de vulva que deja caer un hilo de sangre. Jung dice, "Es el arquetipo del significado o la sabiduría, así como el ánima representa el arquetipo de la vida". En este mismo sentido se puede también considerar que. Gustave Courbet pintó El origen del mundo, en quienes me baso para explicar esto.

En conclusión, en la pintura busqué representar como me concibo y como experimenté la totalidad y sobre todo el autoconocimiento que me dejó. Puede parecer que en realidad solo repito conceptos ya bastante digeridos, pero es que para mí es algo que vivencié de primera mano, una experiencia que me marcó y de la que aún sigo aprendiendo.